

La pervivencia del arbotante como elemento constructivo emblemático en la arquitectura bajoandaluza e hispanoamericana

José María Medianero Hernández

En los últimos treinta años bastante se ha publicado y argumentado entre los especialistas sobre el efectivo carácter funcional del arbotante. Ya es un hecho reconocido que Viollet-le-Duc formuló una hermosa teoría sobre su vital función en la dinámica del organismo arquitectónico gótico de racionalismo irreprochable, pero de comprobación dudosa en muchos casos. En verdad la fijación del arquitecto francés por la ineludible necesidad del arbotante —llegó a afirmar que la Catedral gótica arquetípica surge a partir del domino de este recurso de entibado— resulta hoy por hoy excesiva.

De hecho, parece que los constructores góticos no llegaron a calibrar todas las posibilidades y, al mismo tiempo, riesgos del arbotante debido a que por entonces no se había alcanzado un conocimiento suficiente del cálculo del paralelogramo de fuerzas, no resuelto matemáticamente hasta los años finales del siglo XVI.

Asimismo esa teoría del contrarresto del arbotante no fue siempre su razón de ser primordial, sino que también preocupaba la resistencia al viento y a los agentes atmosféricos de aquellas grandes moles góticas. En fin, sea como fuere, en el fondo este asunto no condiciona el tema de este trabajo sino que sólo lo apoya de manera marginal. Lo importante es la licitud de la afirmación de que mientras que en los edificios del gótico inicial y del llamado «clásico» el arbotante al menos se concibe como elemento funcional, en las construcciones tardías, en cambio, este «apuntalamiento» tectónico pasa a tener mejor

una explicación de continuidad respecto a la tradición de edificios anteriores y, en bastantes casos, una justificación emblemática no exenta de afanes decorativos.

LA PERVIVENCIA DEL ARBOTANTE EN ANDALUCÍA OCCIDENTAL

Así, por ejemplo, en la Catedral de Sevilla, dada la igualdad de altura en las naves laterales, algunos autores explican las articulaciones de arbotantes como una aparición recurrente cuya utilidad se limita a facilitar la canalización de las aguas de lluvia hacia las gárgolas. Prueba de esta falta de efectividad pudiera ser el estado inconcluso de los arbotantes que se situarían por encima de las portadas de los Palos y las Campanillas en la cabecera de la Catedral hispalense, que quedaron sin montar a la espera de la terminación del ábside catedralicio y definitivamente se suprimieron cuando se construyó la Capilla Real en un estilo y concepción completamente distintos a los postulados medievales (figura 1).

Por supuesto, los grandes templos del antiguo Reino de Sevilla que toman como modelo la «Magna Hispalensis», a fines del siglo XV y ya en la centuria siguiente, repiten esta disposición e incluso extreman la falta de funcionalidad real del arbotante, ahora como un auténtico recurso emblemático de prestigio que manifiesta la pretendida calidad majestuosa de estos edificios eclesiásticos con «aspiraciones» cate-

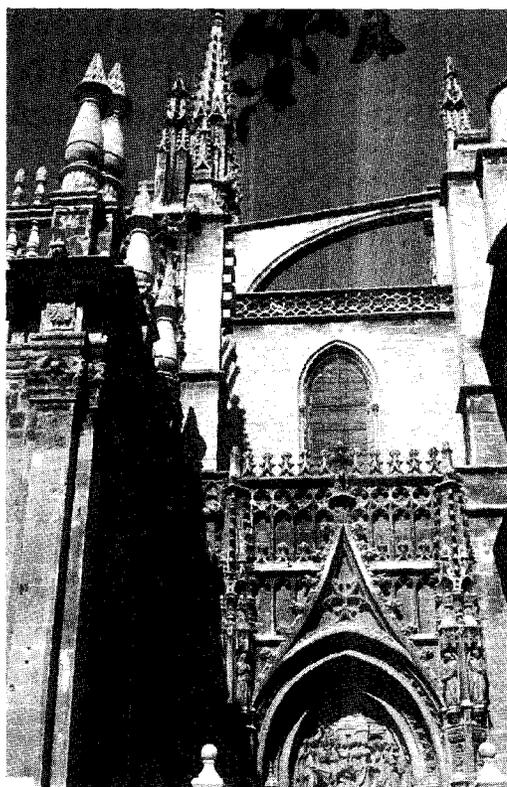


Figura 1
Arranque del arbotante inacabado sobre la Puerta de las Campanillas de la Catedral de Sevilla. (foto autor)

dralicias. Incluso cabe pensar que se sitúan con un criterio de complementación externa de flagrantes visos decorativos en cuanto a los presupuestos estéticos de planificación en lo concierne al conjunto de la obra. De esta manera, por citar sólo unos ejemplos representativos, los templos de Santiago y San Miguel en Jerez de la Frontera (Cádiz) y Sta. María de Carmona (Sevilla). Por otra parte, el arbotante trasciende a veces de los propios edificios tardomedievales y se integra en el trazado urbano gestando los evocadores «arquillos», como puede comprobarse en el casco antiguo de Arcos de la Frontera (Cádiz).

Significativa resulta, ya dentro de una época y estilo distinto, la traza externa de la Sacristía Mayor de la Catedral de Sevilla, construcción proyectada en 1528 por Diego de Riaño y finalizada en 1543 por

Martín de Gaínza. Se plantea todo un escalonamiento innecesario de pedestalillos con flameros y entre ellos frágiles arbotantes, estructura que por su traza recuerda la galanura de un cimborrio del que, por cierto, carece exteriormente la Catedral de Sevilla. Puede aseverarse que se asegura una auténtica solución de continuidad con el bosque de arcos rampantes catedralicios a base de unos arbotantes finos y curvados de papel eminentemente decorativo y conciliador con la antigua arquitectura medieval (figura 2).

La postura se patentiza de manera certera en edificios comenzados ya en pleno siglo XVII y con planteamientos estilísticos manifiestamente diferentes. El templo del Divino Salvador de Sevilla, de complejo proceso constructivo rematado por el gran arquitecto Leonardo de Figueroa, presenta sobre su robusto imafrente dos arbotantes, justo detrás de los dos segmentos avolutados de encuadre del cuerpo central que corona la fachada. El papel compositivo general no se desvela afortunado dada su posición de retranqueo respecto a los mencionados aditamentos laterales terminados en volutas y su única funcionalidad parece establecerse en la misión de conducción de la vertida de aguas. Desde luego este problema nimio se hubiese podido resolver de otra manera más simple. Quizás la explicación más plausible sea la recurrencia a un motivo emblemático de un templo Colegial con aspiraciones catedralicias, ansias y pretensiones que trascienden arquitectónicamente al empaque y prestancia del edificio (figura 3).

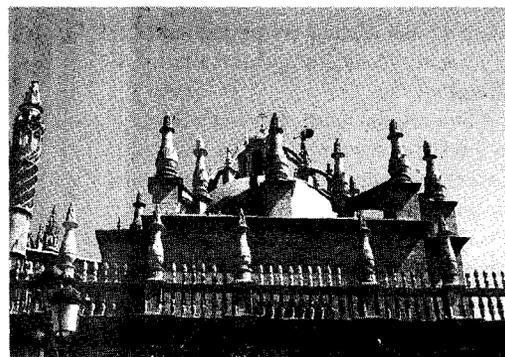


Figura 2
Detalle externo de la cúpula de la Sacristía Mayor de la Catedral de Sevilla (foto autor)

En este sentido el ejemplo más representativo en la zona que nos interesa es la antigua Colegiata de Jerez de la Frontera que, efectivamente, con el paso de los años, consiguió ser Catedral. Las vicisitudes de esta obra son variadas y prolija su relación; baste decir aquí que no se llegó a terminar sino hasta más allá de la mediación del siglo XVIII. El escalonamiento de sus cinco naves se remarca con arbotantes que por su traza recuerdan a los de la Catedral de Sevilla y se relacionan también con los de la Colegiata del Salvador hispalense, templo con el que el jerezano mantiene vínculos estructurales evidentes. Decir que la presencia de estos arbotantes se justifica como un recurso arcaizante para salvar la diferencia de altura entre las naves es, sin duda, una explicación fácil para evitar mayores disquisiciones. Sobre la colina en que está emplazada la Colegiata de Jerez, tras la efectista escalera barroca, el edificio expone una auténtica ostentación de arbotantes, como si de una recreación de catedral de otros tiempos se tratase. En una ciudad donde existían ya parroquias del porte de Santiago o San Miguel, de magnificencia gótica con sus arbotantes exteriores, la iglesia Colegial, la que iba a ser la mayor de la población, debía reunir los elementos constructivos necesarios para sobrepasar en importancia arquitectónica a todas las demás.

El arbotante, como elemento emblemático catedralicio, no podía faltar y, ciertamente, en la monumental iglesia jerezana juegan un papel de primer orden (figura 4).



Figura 3
Detalle lateral de uno de los arbotantes de la Iglesia del Salvador de Sevilla. (foto autor)

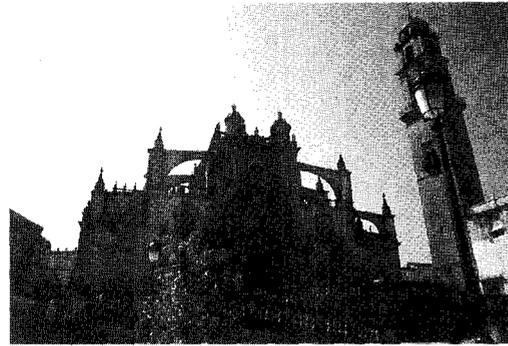


Figura 4
Fachada de la Catedral de Jerez de la Frontera (Cádiz).
(foto autor)

Prueba de que el arbotante formaba parte de la «iconografía ideal» de un gran templo, de iglesias con ambiciones reales o figuradas de catedral, es que en reformas u obras llevadas a cabo ya en pleno dominio renacentista o barroco de edificios medievales con las características expuestas se siguieran respetando los arbotantes e incluso se reconstruyeran conforme a la traza primitiva. El caso de la Iglesia Prioral del Puerto de Sta. María (Cádiz) es buen ejemplo de ello; se trata de un templo dentro de la órbita imitativa de la Catedral de Sevilla, hasta sabemos que Alonso Rodríguez, el que fuera el constructor del fallido cimborrio de la Catedral hispalense, trabajó en él. Pues bien, el destino de gran parte de la nave mayor fue similar: en 1636 se hundió. Y en las obras de reconstrucción de mediados del siglo XVII, dirigidas por Martín Calafate, se volvieron a voltear los arbotantes que siguen dotando de un aspecto catedralicio a esta notable iglesia (figura 5).

LA PERVIVENCIA DEL ARBOTANTE EN HISPANOAMÉRICA

Esta continuidad del arbotante se «exportó», como tantas otras características arquitectónicas, a Hispanoamérica, donde encontró su expresión más radicalizada. La Catedral de México, emparentada con la de Sevilla más como émula cultural que por similitudes tipológicas, presenta unos tímidos arbotantes que el cambio del proyecto inicial de Claudio de Arciniega a comienzos del siglo XVII, colocando la nave

central más alta que las laterales, justifica sólo en parte.

Asimismo en la Catedral de Puebla, la modificación del proyecto de Francisco Becerra en 1635 con la elevación de la nave central provocó la colocación de arbotantes, éstos más acusados y «más decorativos» que en México capital, con un diseño de raigambre manierista debido a sus volutas terminales que recuerda, incluso, los encuadres laterales del primer tramo de la escalera de la Biblioteca Laurenciana de Miguel Angel.

La tónica continuó, acentuándose en su falta de funcionalidad tectónica, en las catedrales terminadas ya en el siglo XVIII, como las de Morelia y Chihuahua. Y no sólo en catedrales: también templos de gran desarrollo y desveladoras pretensiones dispusieron sus arbotantes; así, por ejemplo, en la iglesia de Sto. Domingo de México, de mediados de la centuria antes señalada, se ven unos arbotantes que son imitación de los de la Catedral metropolitana. El fenómeno no se reduce al territorio mexicano: la Catedral dieciochesca de Santiago de Cuba se proyectó con arbotantes, como demuestra un dibujo conservado en el Archivo de Indias hispalense.

Esto no quiere decir que no encontremos arbotantes de verdadero carácter funcional en el contrarresto de empujes de los edificios; no se pretende caer en maximalismos. Evidentemente el temor a los terremotos, tan frecuentes en numerosas regiones americanas, propiciaron en los proyectos el uso de los ar-

botantes como efectivos recursos de apoyo y refuerzo. Son abundantes los testimonios que pueden aducirse: así en la iglesia de San Fernando de México o de manera más rotunda en la iglesia del Convento de Chimalhuacán, potentes y exentos al exterior en su apoyo directo a tierra; y qué decir de los de la ya decimonónica Capilla del barrio de Tetela en Libres, también en México, auténtica expresión de «brutalismo» arquitectónico. Asimismo, en algunas construcciones de la región andina, por el temor a los frecuentes seísmos, se colocan sólidos arbotantes de refuerzo, como en la iglesia de Sta. Lucía de Ferrefañe (Perú).

Admitiendo esta realidad, se intenta demostrar que también en Hispanoamérica hubo una pervivencia del arbotante en muchos casos no meramente justificada por razones de estribado efectivo sino como recurso válido de tipo emblemático para ensalzar la prestancia de ciertos edificios y con intenciones claramente decorativas. Incluso podría esgrimirse una continuidad en un modelo hispalense ya señalado en el uso emblemático del arbotante: la fisonomía externa de la cúpula de la Sacristía Mayor. La cúpula del cimborrio de la Catedral de Mérida, terminada en los últimos años del siglo XVI, es el primer jalón en la serie que parte del ejemplo sevillano. La traza externa de la cúpula de la Catedral de Puebla, planteada por el sacerdote y pintor Mosén Pedro García Ferrer a mediados del siglo XVII, sería la continuadora de esta derivación. La cúpula de la iglesia de la Compañía de esta misma ciudad sería una transformación

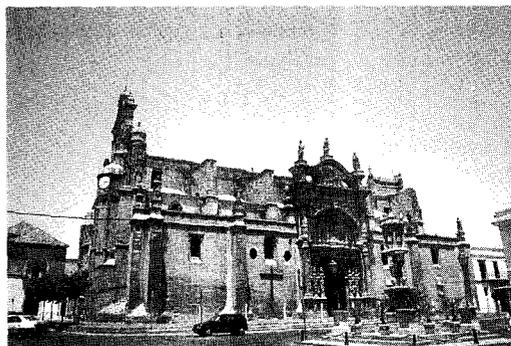


Figura 5
Vista de la Prioral del Puerto de Sta. María (Cádiz) (foto autor)

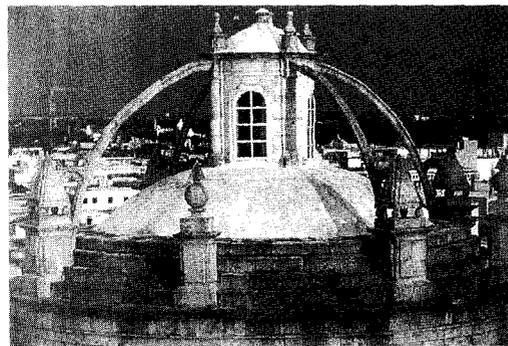


Figura 6
Detalle de la coronación de la cúpula de la Catedral de Mérida. (México) (foto archivo)

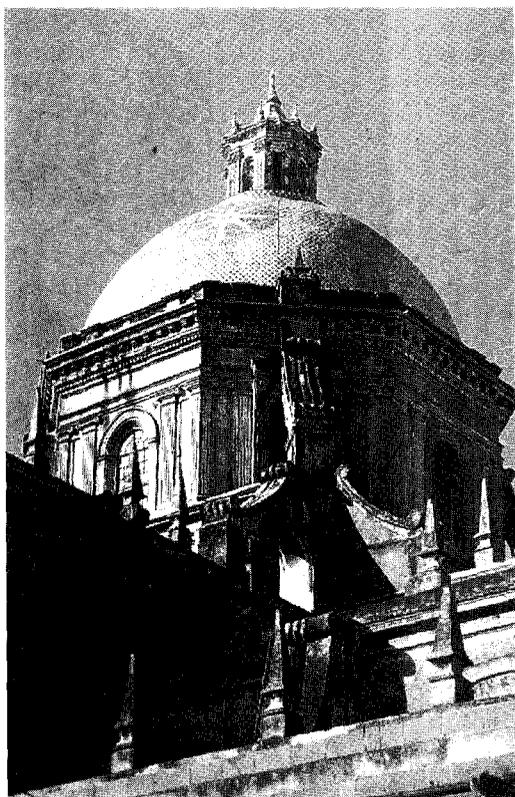


Figura 7
Perspectiva de la cúpula de la Catedral de Puebla. (México)
(foto archivo)

barroca, con sus arbotantes mixtilíneos, de la catedralicia. Las cúpulas de la Iglesia Mayor, Sto. Domingo y la Pastora en Veracruz, la extensión hacia la costa de este modelo poblano. Y la cúpula de tambor octogonal de la Catedral de Saltillo, obra ya tardía de la segunda mitad del siglo XVIII, se constituiría en el epílogo de este desarrollo (figuras 6, 7 y 8).

En América se ensayan nuevas formulaciones arquitectónicas de este uso decorativo del arbotante, por ejemplo como recurso de exorno en el alzado de torres salvando y articulando la transición en vertical entre los distintos cuerpos, adquiriendo un amensulamiento propio de la estética barroca. Buenos ejemplos dieciochescos los tenemos en las iglesias de San Javier de Bac (Arizona) y Caborca (Pimería Alta, México), ambas posiblemente de los hermanos Ga-

ona, procedentes de Saltillo y Chihuahua, donde también hallábamos arbotantes.

Otra variante puede encontrarse en las fuentes monumentales, en alguna de las cuales el arbotante se ofrece francamente como elemento más decorativo que funcional. En efecto, muchas de las fuentes realizadas en México durante el siglo XVI poseen un espíritu gótico indudable. Quizás la más espectacular sea la de Chiapa de Corzo, construida a mediados del siglo por Fray Rodrigo de León. El considerable empuje de la notable bóveda de planta octogonal es contrarrestado por ocho arbotantes que apean en sus correspondientes contrafuertes con sus pináculos. Como ya dijo D. Diego Angulo este planteamiento gótico y su construcción latericia remiten claramente a la gótico-mudéjar fuente del claustro del Monasterio de Guadalupe. Pero si aquí los contrafuertes efectivamente cumplen una función real de contrarresto no puede decirse lo mismo de la esencialmente ornamental fuente de Texcoco, basada en el vuelo de arbotantes muy rebajados que parten de una columna central. La progenie de estos elementos es goticista, pero la composición y enlace es de concepción barroca, no debiéndose olvidar que esta fuente se rehizo en pleno siglo XVIII (figura 9).

Sin embargo, la confirmación definitiva de lo expuesto hasta aquí viene dada por los espectaculares arbotantes terminados en volutas, de mediados del siglo XVIII, de la iglesia conventual de Sta. Rosa de Querétaro (México). Bien es verdad que en principio



Figura 8
Vista exterior de la cúpula de la Catedral de Saltillo (México). (foto archivo)

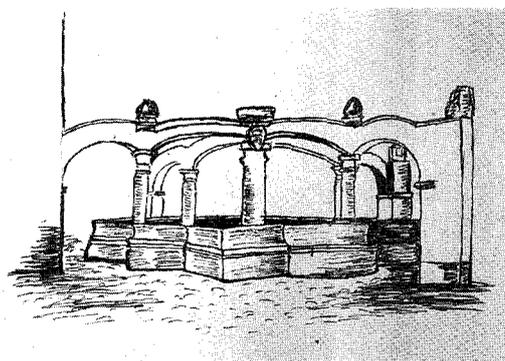


Figura 9
Fuente de Texcoco (México) (Dibujo del autor).

se colocaron para reforzar la estructura de la nave, aunque observando el volumen de sus enormes y gruesas tarjas avolutadas sólo puede pensarse en delirios ornamentales barrocos. El franciscano Padre Morfi al contemplarlos en 1771 escribió en su diario: «Esta fábrica sólo tiene de particular unos estribos o arbotantes de singular construcción, pues en lugar de sostener el templo, que fué la intención del artífice, son ellos los sostenidos» (figura 10).

CONCLUSIONES

Se ha argumentado la tesis de que así como en Andalucía Occidental puede comprobarse una línea de persistencia del arbotante en ciertos edificios que se concebían con «ambiciones catedralicias», también en Hispanoamérica puede constatarse este fenómeno en algunas de las nuevas catedrales y grandes iglesias que se iban levantando en las más importantes ciudades de la América hispana. Por supuesto en estos territorios, proclives a terremotos, el arbotante en muchos casos se adoptó como refuerzo, pero no es menos cierto que, al mismo tiempo, puede afirmarse una utilización de este arco por tranquil como emblemático recurso de prestancia arquitectónica y solución ornamental en creaciones que, en muchos casos, extreman y radicalizan los postulados de origen bajoandaluces.



Figura 10
Exterior de Sta. Rosa de Querétaro (México) (dibujo. autor)

BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL UTILIZADA

- Angulo Iñiguez, D. *Historia del Arte Hispanoamericano*. Barcelona, 1945-55 3 Vols.
- Castro Villalba, A. *Historia de la construcción arquitectónica* Barcelona, 1995.
- Falcón Marquez, T. *La Catedral de Sevilla. Estudio Arquitectónico*. Sevilla, 1980.
- Falcón Marquez, T. «Un edificio gótico fuera de época. La Prioral del Puerto de Sta. María» en *Laboratorio de Arte* n.º 5 Sevilla, 1992. Págs. 205-222.
- Fitchen, J., *The construction of gothic cathedrals* Oxford, 1962.
- Gutierrez, R., *Arquitectura y Urbanismo en Hispanoamérica*. Madrid, 1983.
- Heyman, J., *Teoría, historia y restauración de Estructuras de Fábrica*. Madrid, 1995.
- Marco Dorta, E. *Arte en América y Filipinas*. Madrid, 1973.

- Mark, R., *Experiments in Gothic structure*. Cambridge, 1982.
- Mendoza, F., «Proyecto de restauración de la Iglesia Colegial de El Salvador (Primera Fase)» Sevilla, 1989.
- Morales, A., J. *La Sacristia Mayor de la Catedral de Sevilla*. Sevilla, 1984.
- Repetto Betes, J.L., *La obra del templo de la Colegial de Jerez de la Frontera*. Cádiz, 1978.
- Viollet-Le-Duc, E. *Dictionnaire raisonné de l'Architecture Française du XIe au XVIIe siècle* París, 1858-68 10 Vols.
- Wethey, H. E. *Colonial Architecture and sculpture in Peru*. Harvard, 1949.
- VV.AA. *Catalogo de la Mostra Barocco Latino Americano*. Roma, 1980.
- VV.AA. *Catedrales de México*, México, 1993.